

DE OTROS MOMENTOS LÚDICOS EN MURCIA Y EL SENTIDO DE LA LLAMADA CASCABELADA, COMO ANTECEDENTES DEL ENTIERRO DE LA SARDINA (2.ª Parte)

F. Saura Mira

Siguiendo la tesis de Frutos Baeza en su *Bosquejo...*, vemos como Murcia mantiene y disfruta de momentos festivos, como maneras de contagios en diversos acontecimientos como la venida a la ciudad de los monarcas católicos, pues el 26 de abril de 1488 estuvieron en ella, procedentes de Valencia en su Campaña contra el moro, vinieron por el llamado Alto de Espinardo o de Churra (que comprendía una amplia comarca) y acompañados de altos cargos entran por la Puerta de Molina, en la Arrixaca, calle de la Cadena, Puerta del Azoque o de Santa Florentina, donde le aguardaban el Corregidor, Concejo, Cabildo eclesiástico y casi todo el vecindario. El tema lo merece. Se sigue en razón de ello todo un sentido rumor de gente que colabora en este acto de tanta alcurnia y toda la ciudad con sus segmentos ecelsiales y concejiles y con la participación popular alimentan el contenido festivo, donde no falta los altares y las calles enramadas y alfombradas con "hojas de arrayan y laurel" por donde transitaban los monarcas a caballo, hasta llegar a su alojamiento... En esa misma tarde llega a la ciudad el Príncipe don Juan, celebrándose a la mañana siguiente "fiesta de juglares", "corridas de toros", "baile de moros y judíos", y "otros regocijos populares". Sabido es que a la muerte del Príncipe en 1497 la ciudad le honra con unas pompas fúnebres de enorme calidad y sentimiento popular. El mismo autor nos recuerda también la entrada triunfal del emperador Carlos V, en 1541 en la ciudad, a través de la Puerta de Vidrieros que se hallaba... "vestida de ricos tapices, y arri-

mado a ella alzabase un altar que adoselaban las banderas reales..."

En el año 1593 y con motivo del traslado de las reliquias de San Fulgencio y Santa Florentina a la ciudad, también se acuerdan fastuosísimos regocijos. Esta circunstancia la describe Cascales en el Capítulo IV de sus célebres Discursos, en época de don Sancho Dávila y Toledo, Obispo de Cartagena; reliquias que trae el doctor Arce y que estaban detenidas en la villa de Espinardo, porque: "la ciudad preparaba fiestas", donde se da referencia de los diversos arcos triunfales, riquísimo altares, "muchas máscaras" y bailes, habiendo en algunos puestos... "devotas y graciosas representaciones", haciendo presentación de las mismas y desde este día... "por toda la octava se hicieron fiestas de toros, y juegos de cañas..." y otras alegres y justas poéticas y... "otras cosas de ingenio", quedando venerado el bienaventurado Obispo San Fulgencio, cuya fiesta se celebra el dieciséis de enero y en cuyo honor el Obispo don Sancho levantó un Templo y Seminario...

Con anterioridad conocemos que durante el siglo XV se dan numerosas fiestas programadas por los adelantados por diversidad de motivos, pero donde no es raro mentar el tema de una gloriosa "conquista" frente al musulmán.

Trátese de alguna venida del monarca o príncipe, o la presencia de las reliquias de santos como los que hemos visto, también se hacen como consecuencia de trances gloriosos o de lances luctuosos, como el fallecimiento de ilustres personajes; todo es suficiente para poner en acción una se-

rie de elementos urbanos que van a situar a la ciudad en un esquema de parafernalia, con un empaque y un arrebato preciso en el clamor y en la utilización de aquellos aportes necesarios para toda clase social, desde el estamento eclesial al concejil y donde la clase popular se contagia con todo ese mundo de boato y gallardía, de referencias clericales y de segmentos de caballeridad; aspectos que ya nos lo sugiere el mismo Frutos Baeza en su tan importante estudio, al indicar que: "Las fiestas públicas eran lúcidas y aún ostentosas. Cada natalicio de infante o infanta era celebrado con tres o más días de regocijo...", a ello se unía la necesaria colaboración del vecino que había que adornar sus balcones y fachadas con colgaduras y también los palacetes públicos con ricos paños y tapices. Este latido festivo viene a acuñar toda una explosión de alegría en el ámbito urbano con el atractivo flujo de atavíos y de expresiones nítidas y muy encajadas en el hacer caballeresco, donde los juegos de cañas, de sortijas y las denominadas cascabeladas, formaban parte de una forma de ser de una típica clase social urbana, a veces con la encarnadura de lo murciano, y de rico abolengo, aunque no podemos olvidar que tales juegos eran reflejo de toda una castellanía auténtica y significada que vemos ínsita en el enorme y variopinto repertorio de nuestra novela picaresca, cuyo estudio y aporte es ya amplio y tratado con la menudencia apetecida. Lo importante es que se trata de momentos lúdicos sembrados de una evidente alegría y movimiento zurcidos al amparo de ejecuciones altaneras y básicas, a la hechura de una diestra mezcla de héroe y galán muy rimbombante que tienen su base en las posteriores y densas recreaciones festivas decimonónicas...

Vayamos por partes y acomodando

cada elemento en su espacio. Es cierto que estas expresiones se dan en funciones religiosas como el Corpus, donde la presencia de la chirimía y ese extraño ser que es la tarasca, junto con los gigantes y las trompetas, ajustan el contenido de la fiesta, en este supuesto cristiano y con la simbología que asiste a la misma y donde el fuego no podía faltar como ingrediente de mediterraneidad.

Y es que de momento asumimos una serie de conceptos que infieren en el nomenclator de lo festivo urbano, como los que aluden a "prepararse la ciudad en fiestas": "mascaradas", "juegos de toros", "juegos de cañas", "otras alegrías", "baile de moros y judíos", es decir, todo un entresijo de señales que dan una alternativa y nos sumergen en el momento festivo de la ciudad. Todo esto salpicado con aquellas típicas "hachas encendidas" que portaban los caballeros junto con sus lacayos en los tiempos de las cascabeladas, donde los regidores y jurados salían a caballo por calles y plazas céntricas, por la noche; algo que desde luego nos interesa como aporte y fundamento de las muestras carnavalescas que van a imperar con posterioridad.

Con motivo de las bodas de Felipe II con doña Isabel de Francia, también se hacen fiestas, luciendo con destreza más de cincuenta caballeros con sus máscaras en día navideño. Hubo fiesta de toros y juegos de cañas, pero se dice en los libros de actas concejiles, que la ciudad aporte toda clase de invenciones...

Francisco Chacón Jiménez nos hace una disgresión interesante de la morfología, estructura y significado de los actos públicos, religiosos y profanos, aludiendo al sentido de lo festivo y los juegos durante la centuria del quinientos, aduciendo el significado de la fiesta religiosa y la profana y donde el auto de fe impreg-

na el contenido de las mismas, todo ello desde la panacea del momento pleno de la mediterraneidad, donde el fuego luce como momento elemental de la diversión, junto con los toros, el juego de cañas, de alcancía y de sortijas, algo que informa y conforma una sociedad mediatizada por lo eclesial y donde la religiosidad se integra en la versión misma del elemento profano, pues en las más importantes fiestas, como son el Corpus, asiste en ella la nota profana de la tarasca y de los gigantes, junto con el elemento ruidoso de tambores y trompetas...

Caben las referencias a hachas encendidas que habían de llevar los lacayos de los caballeros, aquellas "dos para sus lacayos", aparte de portar una cada uno de los señores y regidores que, naturalmente habían de acompañarlos por las diversas calles de la ciudad. Una urbe intensa en situaciones y acoplamientos de edificios, sumida en los lances caballerescos, con la presencia de la Santa Hermandad y del Santo Oficio tratando, en todo momento, de buscar reos para ser penitenciados. De ahí esa urgencia por parte de los llamados familiares" por dirigirse a ciertos tenebrosos espacios callejeros, cerca de los barrios urbanos, para encontrar aquella pobre gente, aquellos criptojudíos apartados, moriscos o vagabundos y gente de mal vivir que eran centro de sus miras. En este ambiente se va recreando o sufriendo la ciudad en época de Felipe II que con su serie de matrimonios, cuatro, da lugar a que en la ciudad se formen fiestas, bien por defunciones de las reinas o por enlaces y ello lo trataban los regidores y eclesiásticos con el mejor ornamento y daba razón a los mejores ecos de sociedad y también la diestra participación de la plebe, incluso de los huertanos que a veces se veían

sometidos a las displicencias de los elementos hacendísticos, etc...

Dentro de este ámbito no se privan a los regidores y demás caballeros de tales gestas: aquellas familias lustrosas de la ciudad que desde los Puxmarín a los Macias Coque o Valle de San Juan, Zabalburu, etc., tenían reconocido prestigio y además grandes mayorazgos por la huerta y el campo. De ellos lo era todo y hasta la mejor prosapia del contenido festivo a través de las cascabeladas, que se desarrollaban en la Trapería, para lo cual se ordenaban desempedrar y empedrarla de nuevo, una vez terminadas, como nos indica Frutos Baeza, en relación a su vez con el juego de sortijas, algo que nos suena a privilegio de un estamento social. Las cascabeladas se integraban por toda una farándula de caballeros (no andantes) que trotaban por las noches, amparados por las hachas encendidas de sus lacayos, a veces portando máscaras y llevando algún que otro elemento o carroza con representación pagana que hacía las delicias de los vecinos, pero también creaban momentos trágicos cuando se salían de madre aquellos espectáculos que nosotros, entendemos, vienen a ser como un adelanto al entierro de la Sardina propios de los carnavales murcianos durante el siglo XIX; aspecto que también cree Baeza, junto con otros aportes en relación con las fiestas del Corpus y la presencia de altares en su recorrido, a veces con la presencia de Baco en uno de ellos, lo que venía a soliviantar a las mismas autoridades eclesiásticas.

Debemos incidir en presencia de los caballeros luciendo su pose y con los lacayos portando las hachas correspondientes durante la noche. Se trata de un espectáculo donde la categoría y la enjundia del caballo junto con la luz que derraman las hachas a lo largo de las calles murcianas,

precisamente las de más estilo y prestancia; da lugar a encuentros con otros de idéntica categoría que fue embastando, con el tiempo, nuevos simulacros, desde estas singulares cascabeladas que se efectuaban al parecer en la Trapería, junto con el juego de *sortijas*, calle para cuyos efectos se "mandaba desempedrar y empedrarla luego", ello suponía un gasto concejil de envergadura, pero era tomado como algo útil y siempre elemento festivo junto con los complementarios de los toros, el juego de cañas y el de pelota, donde, como sienta Chacón Jiménez, el caballero es siempre el protagonista. Después, con el paso del tiempo las cosas divergen y resulta que pasan al pueblo otros aspectos festivos tolerantes y muy apropiados con una clase más rústica, pero ello viene motivado por los nuevos afanes y argumentos más localistas ajustados a sus viejas tradiciones...

La cascabelada como momento festivo de andanza caballeril y con la presencia del hachonero, previo al decimonónico; prueba la dimensión que en la mascarada va a mantener la clase pujante y la presencia del elemento crematístico en su planteamiento. Quien desee investigar sobre nuestro Entierro Sardinero, por ejemplo, ha de pasar por este momento fecundo y diestro, atractivo y en cuyos perfiles se anotan momentos encajados en la época de Felipe II, nuestro rey enamorado y displicente con el papado, entre otras cosas. En todo caso el argumento relacionado con el fuego y la presencia de hachoneros redondea el perfil de nuestro agrado desde la perspectiva de la geografía festivo-sardinera, aunque ya en la época del autor de las Relaciones Topográficas, no era bien visto por la plebe todo el excesivo número de lacayos que tenían los caballeros en cuestión, mucha más para sus

pretensiones, por lo que se trata de ello en las Cortes de Valladolid de 1558, estableciéndose que cada lacayo llevara dos hachas por las noches, tratándose de prelados y grandes, y una tan sólo los demás caballeros. Lo que sin duda prueba todo el boato que sustentaban los prelados y caballeros en las ciudades y no podía ser menos esta del Segura...

No cabe duda que en estas expresiones a modo de mascaradas realizadas por el cabalgar del caballero por la urbe, llevando a sus lacayos con hachones de cera para alumbrar y más aún desde el enfoque de la calle de la Trapería, crucial en aquellos espectáculos, junto con el paso de las procesiones y el Corpus; cabe apreciarse el enfoque de la posterior fiesta carnavalesca y aún desde el carisma de paganía que ofrece, incluso la procesión del Corpus donde se realizaban los altares y triunfos en ocasiones con temas paganos, como la que evoca nuestro cronista Frutos Baeza en el año 1637, realizadas por los regidores comisarios D. Juan Usode Mar y don Pedro Pacheco, y junto con la tarasca y danzas (realizadas por gitanas), que daban auténtica expresión de boato y recreación profana, siendo interesante el altar que en la Platería hizo Lorenzo Díaz... "adornando de murtas con unas orlas de jaulas de pájaros y en el centro una fuente que arrojaba agua, y lo que es más raro, una figura del dios Baco..."

Sigue diciendo Frutos Baeza, en su célebre crónica: "En realidad tenían estas fiestas más de profanas que de religiosas, y la imaginación finge, a través de tres siglos, una de aquellas verbenas del Corpus, como un sueño poético, en que vemos en fantasmagórico desfile, altares con pájaros, puestecillos de agua-loja, dragones de fuego, ambulantes serenatas, bailes callejeros..."

Aquel énfasis que se le pone a los altares contruidos en vísperas del Corpus en el siglo que destacamos, todo ese "sueño poético" al que se refiere nuestro cronista; da lugar a la revelación de todo el encaje de formas y conjuntos que se enmarcan en las carrozas que, posteriormente salen en el acontecimiento decimonónico del Entierro sardinero, muy diverso en nuestra ciudad al de otras regiones, como colofón a la Cuaresma, todo un período místico que trasciende y que da lugar con posterioridad a las Carnestolendas famosas...

Claro que el ritmo de aquellas fiestas religioso-profanas, cívicas, vienen a encajar en ese período histórico que se desgaja en las manos de los borbones y que con Felipe IV se asiste a su derrumbe y fatalidad, hasta dar con el funesto sucesor y la ocasión de aquellas prohibiciones de comedias en el Trinquete, típicas y que se sustancian en vísperas festivas a su vez, como el deterioro en las costumbres y las socarronas alusiones entre caballeros y lacayos, muy al uso. En todo caso el uso de los hachones de cera iluminando la faz de aquellos enfáticos señores y también el rostro de la gente, nos deja alumbrados para la entonación de este extraño y misterioso enfoque posterior fantasmagórico.

Es sintomático la versión de los motivos profanos en torno a Baco en su desliz blasfematorio, si se quiere, pero reconsiderado y tratado con el ademán de una encomiable fantasía que se queda patente en aquel Lorenzo Díaz, vecino de la Platería, un entusiasta, sin saberlo, de los relieves festivos de espectacular factura, donde las ramas de murta se combinan con las jaulas de pájaros y las fuentes, un tanto renacentistas y de época, en su explosión barroca y que creo preciso anotar desde este perfil de murcianía contagiosa...

Conviene tratar de esa "rareza" de la

que trata Frutos Baeza, al consignar en su obra, este resurgir fantástico que no fantasmagórico todavía en la respuesta de la gente en los adornos de la calle, para dar mayor boato a los festejos...

Cuando nuestro cronista abunda en el sentido de la "rareza" como insinuaciones en los elementos festivos de introducción de algunos temas profanos en relación con lo fantástico, pero que de alguna forma se relacionan con la paganía y por consecuencia con expresiones de la clásica mitología; naturalmente que se está forjando algo que está insito en el humano, como es la eclosión de la parafernalia a imagen de Roma, secundando los muestreos variados de aquellas calendas festivas... Desde Grecia y Roma, pasando por el elemento musulmán, el contagio de aquellas veteranas expresiones siguen plasmándose de alguna manera y esto queda sedimentado, como cumpliendo su función de conexión permanente.

Todo cometido festivo, sea religioso o profano, conlleva a una serie de facetas que van ínsitas en su tramado, porque todo momento apasionante es un reclacitrante sentido de dar espectacularidad a una manifestación urbana, en sus diversas tipologías, tomando esa acústica de la lejanía adiestrada en exequias y en hacatombes, en llevar a cabo por el aedo lisonjas a los muertos y en elevar plegarias desde el sacrificio del héroe, a los dioses mitológicos... Todo queda encuadrado en la liturgia y en el rito, tanto desde la angulación religiosa como desde el carisma más humano.

Desde la reflexión carnavalesca con tiempos lúdicos de máscaras y disfraces que se asoman al calendario festivo de sus tiempos acompañados, se puede vislumbrar el criterio que mantenemos, de efecto contagioso de lo folklórico con el pasa-

do. Siempre surge el fasto, la energúmena dimensión de la voz proclamadora: el heraldo retumbante como el rigor del tambor que servía para apagar el lamento, la figura y la enseña, el clamor, la dulzaina y la charamita, el giro y la danza muy a lo siglo barroco, desde la festiva literatura lopesca y de Tirso en sus aspectos profanos, tratados como rarezas a las plegarias hacia las vírgenes en una sociedad divagadora y grotesca, vertiente de don Tacaño y de los duendecillos curiosos que son hampones y paniaguados, fundidos en una sociedad artificial y enfática, echada a perder. En todo supuesto se nos aparece el término de rareza en la misma geografía de los festejos relacionados con las mascaradas de Carnestolendas, en los turnos de las fiestas de cañas y de la cascabelada caballeresca, incluso en la lisonja de los juegos de sortijas y de la alcancía, consistente ésta en... "el lanzamiento de unos

caballeros a otros de unas bolas gruesas de barro secado al sol, del tamaño de una naranja, llenas de flores y que al romperse en los escudos de los jugadores se esparcían por todas partes dejando un agradable olor y espléndida vistosidad..."

La rareza o la extraña manera de llevarse a cabo la fiesta como elemento participativo, donde la fantasía vecinal abunda y procrea nuevas formas, se integra en galimatías y da nueva configuración a nuestros festejos que en el siglo XIX se instalan con potencia en la ciudad dejando un fragor de fantasía y vibración. No se puede pasar página sobre la fiesta de los toros, ni enturbiar los renglones de su auténtico significado ya que la llamada "fiesta nacional" por autonomasia, equipara y da lustre, sentido y adorno, desde su trágica expresión, dura pero precisa y necesaria, en todo el contagio general de lo festivo y donde ese rigor y trance desde la facha de rostro negro de mueca y llanto, formula una de las mayores visiones de fantasmagoría.

Sobre las fiestas de los toros se ha escrito mucho, sin duda, y ya en Marcos de Obregón se dice ser estas fiestas: "que ninguna nación sino la española ha ejercitado ni ejercita... Que nunca la antigüedad tuvo fiesta de tanto peligro como esta; y son tan animosos y atrevidos los españoles, que aún heridos del toro se tornan al peligro tan manifiesto, así peones como jinetes...".

También en esta obra de Vicente Espinel se da referencia al juego de lanzas, como forma gallarda de ajustarse al caballo y revolverse, en semejanza al juego de cañas.

Para J. Moreno Manzano las fiestas de toros son de origen cordobés y ya en el siglo XIV con ocasión de la circuncisión de un hijo de Mohamed V se hacen fiestas de toros con reses bravas. Siempre se en-



Viejos sefardíes.

zarza la materia prima del acontecer supino del festejo, con la brava menudencia del arte del toreo y la esfinge suprema de los contrastes, como pieza sublime y solemne de ese acontecer.

Es ese rumor de gracia, de aturdimiento, como de flagelación consumándose constantemente en la pira del sacrificio, allí mismo en el espacio sonoro y de sangre; es la casta y el tronío, la provocación y el espasmo que se consuma desde ese laberinto de momentos fecundos del toreo, con el arrojo y la valentía sustantivada en la elocuencia y en el buen saber hacer desde ese colmo de bravura nacional. El que no lo sienta de tal guisa es que no conoce el espíritu español, pues como aduce Mesoneros Romanos si pese a este sentimiento de fasto... "alguno –surgiere contra el mismo– castigüémosle con el desprecio que hasta aquí, y siguiendo impertérritos la senda en que caminamos solos desde que las demás naciones, desconociendo sus ventajas se apartaron de ella dejándonosla expedita...", ya que estas fiestas han sido denominadas como: "eslabones de nuestra sociedad, pábulo de nuestro amor patrio y talleres de nuestras costumbres políticas...".

Las fiestas de toros y demás juegos donde luce la mascarada como rango y parodia, luz y mensaje, queda en la procaicidad y en la acústica de los tiempos pretéritos desde la facha garbosa del ser español, nacional y desde nuestro punto de vista murciano, pues queda y late en esta tierra con el frenesí y entusiasmo de los nuevos ecos y de las inquietas provocaciones, ya que desde la calentura del festejo, en su mayor fastuosidad se enlaza con el rumor de ese vahído, fecundo hálito de ocasión para la vivencia plástica y sonora... Es un renacer de enorme batahola que argumenta los episodios nítidos de los vie-

jos fueros, empeñados en aglutinar manifestaciones sin límite y en escudriñar los opacos despertares del pasado, a veces ingratos y echados a perder por los miserables episodios torquemadescos de unos siglos preñados de claroscuro. Todo esto se remansa y agudiza en los entusiasmos sonoros de todo el griterío que demanda la patente y escuálida persuasión de esa nota álgida, tremenda de drama azuzado por la llama de toda la presencia de la plebe que exige y hace calidad el momento, desde el horrible impacto de la llama devoradora del auto de fe a la hoguera sanjuanera y al epílogo de muerte del toro quebrándose por el costado de sus quijares, echando espuma por la boca... ¡Cruel estampa! Pero enhiesta y ronca como unos trazos goyescos..., letanía de rosarios infecundos y de costaleros argumentando el paso del Cristo de la Muerte, el más tierno de la Sangre, de Nicolás de Bussi; los Cristos rotos por la impaciencia o la perversidad... Energuménicos espacios para la voz que se enreda en los surcos de violencias callejeras, impactos de sangre como un foco de abstracción en coagulaciones vigentes de hecatombes, desde la patera acosada por la soledad y el hombre yaciendo en su féretro sin nadie, o el rigor absurdo del fusilamiento en la imagen... A veces no hay que ir más lejos de la realidad que nos envuelve, de norte a sur... aunque con los propósitos recalcitrantes de nuestras poses desde los turbantes de postín de los festejos de moros, aquellos "bailes de moros, cristianos y judíos" del siglo XVII, conjugados ahora con su nuevo perfil del que hablaremos, o los escenarios cruentos de entierros sardineros con llamas que vuelan y hachoneros enroscados en sus luces de bengalas... Es la llamada, el lamento, la algarada y muchas cosas más...

Todo un entronque con la pantomina

carnavalesca que se entrelaza con toda una masa recalcitrante de energúmenos de la ocasión, de los títeres y de los muertos de hambre de la pacotilla. Toda pantomina supone, exige un dislate, un ademán y mueca a lo mojigato, lo moharracho y como esquema de antrujero gozoso que se remata en la pira, como el viejo judío o la hechicera o morisca llevada al fuego de la hoguera, como el resto o alifafe de Pero Palo tumbándose en los laterales del río, una vez perturbado por su mal destino...

El ritual se ensaña con los goces y las sombras, con los eunucos y los gigantes: entelequias y diatribas, focos de la inutilidad desde los sombríos autos de fe y los autos nuevos de los entierros sardineros desde el este al oeste. Siempre la farándula y la odisea, la gestualidad y el laberinto de trama luciendo y enguyendo el aroma de lo festivo que se une a lo gastronómico y a lo lúdico. El gesto, la comida o pitanza, el juego, son los tres argumentos de la presencia y anuencia plebeya, ahora mucho más desde el pie mismo del festejo de la villa o aldea con sus murgas y bailes de ocasión...

En la ciudad todo se viste de fiesta o de luto, cabe siempre una disuasión y un distinto enfoque desde las calendas luctuosas o festivas, desde el mausoleo y el arco del dolor a la presencia de la morisca con sus cuadrillas en los lances callejeros. La crónica urbana es la de sus espectáculos por las ruas en los aguantes de menestrales y de gremios que sacaban a sus propios santos patronos, en una arrimada marca de su linaje.

En el medievo es la presencia de la Virgen de la Arrixaca alfonsina, hasta la nueva imagen de la Virgen de la Fuensantica, todo un tiempo se enrosca en su afán de mediatizar los ánimos con las alegrías y las romerías buscando el momento preciso

para esa "sacudida" de ilusionada y franca comparecencia de hombres y mujeres en el rito... Y esto desde los griegos y romanos hasta nuestra época tocada y alienada por la verborrea de sus nuevos asideros...

Es que lo festivo supone algo mágico que encumbra y procrea formas dispares, como los destellos de un arco iris potente y anacrónico. Es la rica petulancia y el fleco asimilado de las miradas, Murcia tiene su desparpajo en sus fiestas como hemos investigado y se acostumbra a los detalles y programas marcados por el tiempo que, incluso se impone en otros aditamentos. La añosa etnología murciana y huertana nos sume en el aterrador panorama de sus viejas y morbosas visiones de engendros y polución de negrura, desde su presencia brujueril y la atormentada cabala de sus ecos templarios, donde lo soterrado se comenta y suena como los locos tambores de la semana de Pasión en sus pueblos de Mula y Moratalla, como las luces de pasiones y téticos y desangrantes Cristos de la ciudad de Pasión. Cosas y rostros, ecos y liturgias consagradas a la fecunda categoría de sus ecos con ritmo diabólico porque el diablo, lo brujueril forma parte del tinglado ludico-folklórico de nuestros antepasados que en sus viejas culturas quedan y nos apasionan aún. Son como el hueco y la tramoya, la singladura y el regocijo locuaz de un fecundo entretenimiento como el de los duendes aposentados en los lugares tenebrosos, los ecos de viejos gnomos confabulándose con los demiurgos del lugar en los huecos asombrosos de las cuevas negras, junto con las divinas ninfas del mar nuestro o de los ríos, de los apacibles campos y de los prados adolescentes... El rigor de la vida y de la muerte nos trae a colación toda esta farsa de crueldad y de amable ilusión por las cosas que transcu-

rren quedamente sin la bulimia de la sin razón...

Y desde este panorama abierto a toda esa lúcida y enigmática realidad nos acercamos a los coturnos enamorados de los danzantes de los cuentos de hadas y de los duendes que marchan en las vías de Caronte, pudriéndose y oliendo el hedor mortuorio como los apabullados miseres de los bailes de ánimas o los danzantes de la muerte, de los inquietantes madrugadores del alba en sus cilicios acotados y masacrados por el odio y la insensibilidad... Es el aire nuevo y distinto, la hecatombe lanzada al terror de los stulos y corsarios del mal, ennegrecidos por el parbulario y ridículo ajuar de sus ideales caducos. Pero el fasto es la otra realidad que se hace símbolo y cartel añadido de la locuaz meta de los indigentes... Desde el sudor del hombre se apiña y se apela, como desde la casta vibrante de los partidarios del buen hacer y de la retina acompañante en la diestra repercusión del foco vital. La fiesta es la cita y el último grado de la pulsión. Arrebata desde la palabra que domina o desde el corazón que arrebatata.

En el amplio arsenal documental de los viejos archivos, damos con notas y lapidarias formas de castigar la mente desde la otra sociedad sórdida al placer y a la reconciliación.

Laten desde el eco de la parafernalia la visión de una España rota y negra, el ademán de los siniestros gritos de almas puras echadas a la hoguera, como los trapos sucios de los sanjuanés de junio... Se perfilan los sudarios del Cristo roto, vorágine de atolondramiento insano...

Se incineran los cuerpos y el alma se la mata en su razón de latir desde la otra dimensión incorrupta...

Se clavan los cuerpos de hombres y mujeres en los hitos de sublimes tragedias

clásicas, atemperadas por el ruido de los lamentos.

Se encoje el aliento ante la masacre humana y ante el desliz de la efigie quemada en el brasero público, dominado por miles de ojos con ganas de fiesta...

BIBLIOGRAFÍA

- Diversos trabajos del autor sobre temática de festejos en la ciudad y los pueblos, publicados en diversos diarios y revistas.
- JULIO CARO BAROJA. Sus diversos trabajos sobre el mundo de las brujas.
- Relación de las causas despachos en el Santo Oficio de la Inquisición de Murcia, desde fin de Diciembre de 1625 hasta fin de Diciembre del año 1626.
- JERÓNIMO SERVET. "El humanista Cascales y la Inquisición en Murcia".
- FRUTOS BAEZA. "Bosquejo histórico de Murcia y su Concejo". (A.A.X.E.B.M. de B.)
- Y. BAER. "Historia de los judíos en la España cristiana" (Altalena).
- TORRES FONTES, diversos trabajos sobre los judíos en Murcia.
- Diversos expedientes contenidos en la Relación de las causas, citadas al principio...
- Diccionario infernal. C. de Plancv (Barcelona 1842).
- F. CHACÓN JIMÉNEZ. "Murcia en la centuria del quinientos". (Universidad de Murcia A.A.X.E.S.).
- J. MORENO MANZANO. "Felipe V en el Carpio (Toros y cañas).
- Mesonero Romanos. "Mis tratos perdidos o ligero bosquejo de Madrid".
- Sobre la fiesta de la bruja en Alcantarilla (lo diabólico y folklórico). Inédito. Saura Mira.